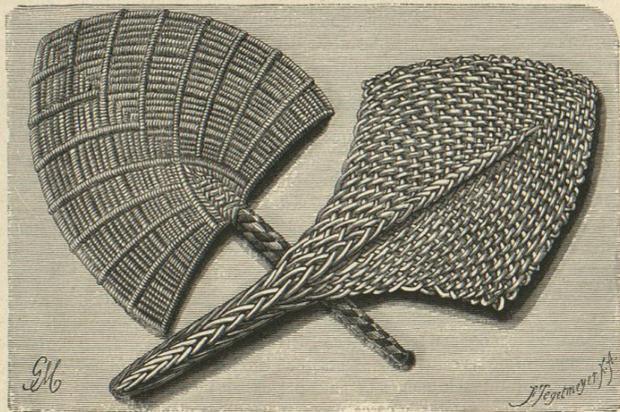


de pueden encontrarse muy cerca una de otra el agua dulce y la salada. Es natural que las aldeas estén situadas en la playa, pues el género de vida de aquellos pueblos se aviene tan bien con el mar que éste y los polinesios están del todo identificados. En los tiempos antiguos pudo muy bien suceder de otro modo, pues en las montañas se encuentran indicios de aldeas abandonadas, tales como cuadriláteros hechos con bloques de lava que servían de emplazamientos para los edificios, fortificaciones y otros restos que demuestran que antiguamente habitaban en ellas seres humanos: los actuales habitantes no saben sin embargo nada acerca de este particular y únicamente les consta que hasta donde alcanzan sus tradiciones sus antepasados vivieron siempre en la playa.



Abanicos tejidos, de las islas Palaos (Museo Británico, Londres) Véase pág. 474

soplo de vida histórica flota melancólico alrededor de estas aldeas y de las soledades de las hoy superfluas vallas circulares que se encuentran en las colinas.

Por su actividad industrial los micronesios superan en algunas cosas á sus pacíficos camaradas insulares: aquéllos no sólo son excelentes escultores en madera sino que saben dar á sus grandes fuentes de madera una capa espesa y consistente, bruñéndola repetidas veces con una resina indígena y frotando con fuerza cada capa de laca por medio de una piedra muy pulida. Como utensilios de madera fabrican platos, fuentes y cajas grandes en forma de mesas ó cilíndricas, dando á todos estos objetos un hermoso color encarnado y adornándolos con incrustaciones de nácar (véanse los grabados de las págs. 468 y 469). Los platos planos y las escudillas hondas son los utensilios comunes de que se suelen valer para sus comidas esos indígenas y se encuentran aun en las casas más pobres. Todos los indígenas de las Palaos poseen una habilidad especial para fabricar pequeñas destales con las que ejecutan sus diminutos trabajos de madera. La construcción de casas y de canoas y la fabricación de objetos de madera finos constituyen un verdadero arte que ejercen los maestros. Es indudable que todas estas habilidades de los micronesios han sufrido un considerable retroceso con la introducción de los géneros europeos. Más adelante nos ocuparemos de la notable opinión de Semper acerca de la relación que existe entre este hecho y la disminución del número de habitantes: por ahora sólo podemos llamar la atención sobre la siguiente observación suya: con sus destales y armas de piedra y de

La impresión que producen las aldeas micronesias es la de poblaciones animadas y poéticas, pues cada vivienda está rodeada de huertos y campos. El cuidado con que se atiende á las calles aumenta todavía esta impresión agradable: en todas partes se encuentran calles empedradas que á menudo alcanzan una longitud de muchas millas. En Yap, las calles de las aldeas tienen una anchura de 1 á 2 metros, están empedradas y se ensanchan cuando se aproximan á las casas-clubs, formando una plaza de reuniones empedrada también. En todas las casas viejas hay empotradas unas piedras planas que sirven de asientos. En las Palaos, los caminos empedrados á trechos son tan numerosos que Kubary dice hablando de Ngarbukut: «Tiene más caminos de piedra que Korrór superficie.» Un ligero

huesos de pescado, les hemos arrebatado nosotros, los europeos, el único medio que tenían para sacudir su pereza y su indolencia naturales. En efecto, hoy no comprenden, como nosotros mismos, cómo sus antepasados pudieron ejecutar ciertos trabajos. Cuando Wilson, en 1780, naufragó en las islas Palaos, los indígenas no poseían más que armas é instrumentos de piedra y á pesar de ello, dice Semper, sabían practicar en los más pequeños fragmentos de sus monedas agujeros cilíndricos y cónico-dobles. Esto no obstante, cabe preguntar si esto lo hacían ellos mismos ó si recibían de otro pueblo estas monedas provistas ya de dichos agujeros. De todas maneras, si no eran ellos quienes los hacían hay que convenir por lo menos en que debieron estar sometidos á la estimulante influencia de una animada actividad mercantil.

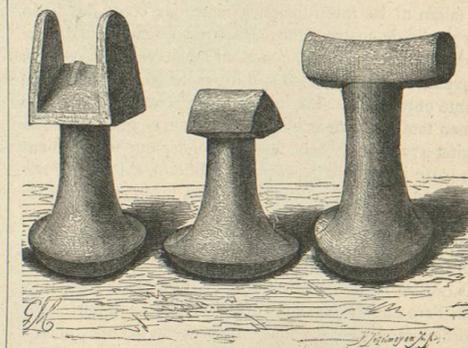
Los productos polinesios demuestran también un grado notable de habilidad y son por lo mismo muy apreciados: los obreros hábiles ocupan en todas partes un lugar preferente. En Samoa, como en Tonga, los carpinteros formaban como artistas una clase privilegiada cuya importancia se aproximaba mucho á la de los sacerdotes, pues en los territorios costaneros al empezar la construcción de una canoa, lo mismo que al emprender un viaje, se rogaba al cielo para que un feliz éxito coronara la empresa. Otra prueba del grado de perfección á que había llegado el trabajo era lo muy dividido que éste estaba. Así por ejemplo en Hawai, en donde esta división había florecido más que en ninguna otra parte, había constructores de canoas, escultores, constructores de casas y cubridores de las mismas, los cuales

por esta misma división del trabajo se hallaban en condiciones de poder producir con tanta abundancia las especialidades de su oficio y de su habilidad, que hacían de ellas verdaderos artículos de comercio: citaremos entre otros productos los botes de Tonga, las esteras de Samoa y los tejidos de pluma de Hawai. En todas partes se encontraba un exceso de armas y de utensilios que servía de base al comercio. Hablando de los maories, dice Cook en su segundo viaje: «Sus artículos de comercio eran curiosidades, pescados y mujeres.»

Como piezas las más notables de la escultura de los hawaianos citaba Cook las escudillas en que los personajes ilustres bebían el ava: son perfectamente redondas, tienen un diámetro de 20 á 30 centímetros, están muy bien pulimentadas y en vez de apoyarse en un pedestal van sostenidas por tres y á veces por cuatro figuras humanas colocadas en distintas posturas. Para citar algunas industrias notables, hablaremos en primer lugar de la alfarería, que algunos han negado, sin razón, en absoluto á los polinesios. Los indígenas de la isla de Pascua poseen indudablemente este arte ú oficio, pero también en Namoka encontró Cook algunos cacharros de tierra que parecían estar en uso hacía mucho tiempo, y en las islas Tonga prodúcense asimismo pucheros porosos: sin embargo, según todas las probabilidades este arte parece haber sido importado á estos territorios por los naturales de las vecinas Fidschi. En Micronesia tampoco era desconocida la alfarería. Kubary, en su descripción de la actividad industrial de las Palaos, refiere que antes de que los buques introdujesen allí los utensilios de hierro, las mujeres del distrito de Ejrraj proveían de cacharros de arcilla á todas aquellas islas. Los cacharros en forma de fuentes que servían para guisar los pescados y el taro estaban cocidos pero no barnizados. La fabricación de fuentes de madera estaba, sin embargo, más generalizada y daba ocasión á admirables ejercicios de paciencia para esculpir y pulimentar del modo de que antes hemos hablado.

Otra industria importante de los pueblos polinesios era la de telas para vestidos. De la preparación de la tela de corteza, tapa ó *gnatu*, de que tantas veces nos hemos ocupado, nos hace Mariner, en sus «Noticias acerca de las islas de los Amigos» la siguiente descripción: con una concha se cortaba circularmente la corteza por encima de la raíz, derribábase el árbol y varios de éstos eran expuestos al sol durante algunos días, con lo cual fácilmente se arrancaban de las ramitas medio secas la corteza y el alborno ó segunda corteza. Después que la primera corteza ha sido puesta en el agua y que la segunda ha sido purificada y macerada en el agua también, ésta última, suficientemente ablandada, es batida con un martinete éstriado de madera dura sobre un bloque de madera. Este martilleo regocija á los habitantes de una aldea tonganesa tanto como el ruido del trillo á los de una aldea alemana. «Golpean — dice Mariner — con compás generalmente alternado, y por la mañana muy temprano, cuando todo está en reposo, los golpes que se dan sobre el *gnatu* producen un ruido que impresiona agradablemente. Algunos golpean muy cerca, los otros envían de lejos sus ruidos semiapagados; unos hacen un ruido estridente, otros un sonido opaco, pero todos golpean con sorprendente regularidad.» Media hora de martilleo basta para que la corteza quede convenientemente preparada, habiéndose convertido su primitiva forma de tiras en otra casi cuadrada, es decir habiéndose hecho *fetagi*. Después que se ha preparado de esta suerte un gran número de estos pedazos, se les coloca separadamente en una forma de presión semicilíndrica de madera,

en la que hay la muestra hecha con fibras de coco en hojas de paungo y se les unta con un líquido viscoso y al propio tiempo colorante. Luego, sobre esta capa se extienden otras dos, formando así un pedazo que tiene tres capas de espesor y cuyas partes salientes, debidas á la desigualdad de la capa inferior, aparecen más coloreadas que el resto. Añadiendo á estos otros pedazos, se consigue formar piezas de 2 toesas de ancho por 40 ó 50 de largo. La colección vienesa formada con el legado de Cook contiene, además de los hermosos pedazos de tapa blanca de Tahití, telas de colores, respecto de las cuales la sospecha de que pudieran ser imitación de muestras europeas es más infundada que la que en este sentido puede hacerse recaer sobre la mayor parte de los objetos de otra clase que contienen nuestros museos. Los únicos colores que en ellas se emplean son el negro, el blanco y el encarnado, y en cuan-



Pistilos de piedra de Hawai (Colección de Cook, Museo Etnográfico, Viena). $\frac{1}{4}$ de su verdadero tamaño. Véase pág. 474

to á los dibujos casi siempre son líneas rectas, siendo muy raros los que están formados por puntos. Estos objetos acusan un gusto relativamente bueno.

Las mujeres micronesias fabrican en muchas islas, como Ruk, Mortlock y otras, tejidos con las fibras de una *Musa* y de un *Hibiscus*; los telares, ó mejor dicho los aparatos para tejer, que se nos han descrito de Nukuor, Ruk y Mortlock, se componen, como los malayos, de dos planchas (*papa* y *atu*), en las cuales están arrollados los hilos longitudinales, de la aguja ó lanzadera (*sika*) que va desarrollando la trama, del machete (*raune*) con que se golpea la trama, del palo de unión (*toro*) por medio del cual se hace que los hilos se crucen apretadamente, y de dos palos de bambú con las correspondientes pajitas para separar los hilos longitudinales. Las partes del telar, sobre todo el machete y la lanzadera, están fabricados con mucho esmero, especialmente en Nukuor: en las islas Mortlock esas piezas son más toscas que en ninguna otra parte.

Los naturales de las islas Gilbert y Marschall tienen mucha habilidad para fabricar esteras: al revés de ellos, los habitantes de Ponape no las tejen sino que las cosen. En estas islas las esteras no se usan como vestido. Las ponapesas son hábiles en la confección de cestas y tienen también fama como cordeleras, pues con fibras de coco fabrican cordones y cuerdas de excelentes condiciones: el grado de perfección que ha conseguido esta industria no sorprende cuando se tiene en cuenta la gran cantidad de cuerdas que se necesita para construir las casas, ya que no sólo todas las juntas se hacen por medio de ligaduras con cordones, sino que también con innumerables y apretadas cir-

cunvoluciones de éstos se consigue formar los más elegantes dibujos. Cook trajo de las islas Tonga elegantísimos trabajos de entrelazado en forma de bolsas, de cacharros de madera cubiertos de entrelazados, y otros análogos, siendo los más hermosos de ellos los tejidos con fibras de palmera en campos negros y pardos separados por hileras de cuentas blancas. Las esteras grandes ostentan dibujos en forma de tiras de alburno oscuro ó de figuras sencillas ó aparecen adornadas con galones tejidos en ellas mismas y hechos con tiras anchas ó estrechas (véanse los grabados de las págs. 467 y 451). La habilidad que en esto demuestran aparece todavía más patente en los trabajos pequeños: así, por ejemplo, es característicamente tonganes y constituye al propio tiempo insignia de la soberanía del rey Powlohu de Tongatabu, el espanta moscas que trajo Cook (véase el grabado de la pág. 470): el mango está elegantemente esculpido formando zigzags, en los cuales no faltan ni las interrupciones marcadas cerca del puño por medio de cuatro signos circulares ó semicirculares, ni la característica figura humana, ni los peces y los pájaros: el aventador está formado con fibras de palma cuidadosamente entrelazadas. Los abanicos de alburno entrelazado tienen también formas elegantes (véase el grabado de la página 472); y aquí debemos hacer notar que los abanicos son parte integrante del tocador polinesio, así de los jóvenes como de los viejos y que por esta razón encontramos tal abundancia de ellos.

Al hablar del traje de los polinesios, hemos tenido ocasión de ocuparnos repetidas veces de los trabajos de plumas que en Hawai llegan á su más alto grado de perfección. Pero aun aplicados á otros objetos, su labor es extraordinariamente delicada y bien puede decirse que en los horribles ídolos emplumados de los insulares de Sandwich hay un trabajo demasiado fino si se lo compara con su fealdad. La cabeza emplumada de color rojo con sus fauces de raya abundantemente provistas de dientes y sus ojos desmesuradamente abiertos, no es en el fondo más que un entrelazado de cañas y cordones, en el cual hay millares de plumitas rojas y amarillas tan hábilmente clavadas que forman una masa compacta. Las negras cejas están marcadas por gruesas líneas de plumas de este color: en las fauces hay por lo menos 100 dientes de delfín y los ojos, extraordinariamente grandes como las fauces, aparecen formados por grandes planchas redondas de madreperla. De igual labor son los yelmos de forma griega que, según Cook, hacen de la cabeza con uno de ellos adornada el tipo ideal de una testa de guerrero hawayano. Las plumas encarnadas que en estos trabajos se emplean proceden de la *Drepanis coccinea*, las amarillas de la *Mohava fasciculata*. Respecto de su gran importancia desde el punto de vista religioso, véase más adelante el capítulo referente á la religión.

Peculiares del ajuar de los tahitianos son unos pistilos, *penu* (véase el grabado segundo de la pág. 473), de basalto, de 12 á 20 centímetros de altura, con una superficie de frotación plana y hasta de 15 centímetros de ancho, con empuñaduras de distintas formas, muy pulimentados y de elegante factura, por medio de los cuales se muele el fruto del árbol del pan, el taro y los plátanos, sobre unos bloques sostenidos por cuatro pies y cóncavos en su parte superior. Son también interesantes las lanzaderas ó agujas para hacer redes, una de las cuales figura en la colección de Cook, de Viena, envuelta todavía en la malla de cabello humano que con ella se había fabricado: también servía para el mismo objeto una fuerte aguja de madera con el correspondiente orificio, cuya longitud era de 38 centímetros.

Finalmente, entre las varias industrias de los polinesio-micronesios debemos mencionar también la preparación del polvo de raíz amarilla (*lena*) al cual se da una importancia que llega hasta la santificación como medio para embellecer los cuerpos, los vestidos y los utensilios. La raíz amarilla se planta y de ella se saca el polvo, no sin que hayan de observarse los preceptos transmitidos por la tradición. La preparación de este polvo se hacía en Nu-kuor en edificios públicos especiales, en los que trabajaban cuatro ó seis mujeres á la vez, de manera que en un día quedaba la raíz triturada dejándola luego en agua: á la mañana siguiente, una sacerdotisa hacía un sacrificio de tres cocos tiernos y de tres frutos de *soma* viejos, dirigiendo además una plegaria á la diosa Orutama e tautona: hecho esto, el polvo precipitado era reunido, amasado en tortas en forma de cocos, envuelto en hojas de plátano y colgado en la cabaña para los usos ulteriores.

La fabricación de la moneda es, en cierto modo, entre los micronesios una industria doméstica. Posee este pueblo como dinero varias unidades de cambio de diversa naturaleza, cuya importancia crece y se generaliza según el uso político de su valor, de manera que muchas veces lo alcanza superior al de nuestro dinero. Piedras, trozos de cristal, de porcelana, esmalte y cuentas constituyen la moneda de estos territorios. En las islas Palaos, que al parecer son el punto de irradiación de esta clase de dinero, distingüense siete especies de él, á saber: 1.º el *brack* ó *barak*, del que, en tiempo de Semper, sólo había 3 ó 4 piezas en todo el grupo de islas: el más estimado estaba hecho con tierra cocida y tenía la forma de un prisma arqueado con una de sus caras algo cóncava: era duro, con pequeños granos y tenía casi el mismo brillo que el cristal. Como su valor pasaría de 5,000 thalers (20,000 pesetas) está fuera de circulación. Kubary describe otra especie de brack que vale unos 15 thalers y que consiste en un poliedro de 14 caras. 2.º El *pangungau* ó *bungau*, piedra encarnada, cortada como el brack, que quizás era jaspe y que se guardaba en la caja del tesoro real ó se enterraba á causa de su gran valor: en Aibuki la llevaban colgada del cuello las mujeres de los hombres ilustres. 3.º El *kalbukub* ó *kalebukub*, que á menudo solía ser un trozo de ágata de forma determinada y á veces también un pedazo de esmalte duro. Kubary hablando de esta clase de moneda dice: «Pocos son los caudillos que poseen un *kalebukub*, y ningún blanco ha conseguido antes que yo entrar en posesión de uno de ellos.» Así como estas tres clases de moneda sólo circulan entre los jefes del país, las otras cuatro, que son el *kaldoir*, el *kluk*, el *adelobber* y el *olelongl*, circulan entre la gente del pueblo y tienen un valor relativamente pequeño, hasta el punto de que por una pieza de las dos últimamente citadas — que consisten en trozos de cristal blanco ó verde — apenas puede adquirirse un puñado de plátanos ó un mazo de cigarrillos de papel indígenas. En la clase del *kluk* figuran, es cierto, cuentas esmaltadas pulidas de bonita labor algunas de ellas que son productos de una aplicación artística y de unas facultades mucho más elevadas de lo que hoy pueden suponerse en aquellas islas, pero las distintas clases no se diferencian muy marcadamente unas de otras sino que hay pequeños *bungaus* de valor insignificante y grandes *kluks* de tanto valor que equivalen á un *kalbukub* malo. Excepción hecha de las más valiosas, que se guardan cuidadosamente escondidas, todas las demás monedas son al propio tiempo adornos y están por lo mismo agujereadas. Las insignias honoríficas dan también la medida de la fortuna; así por ejemplo,

los ricos de las Palaos llevan en la mano izquierda una especie de brazaletes llamado *klilil*, que es la vértebra atlas del *Halicore Dugong*, en estos países tan raro: sólo los ricos pueden pescar este animal con redes ó comprarlo, siendo la compra del *klilil* una costumbre política, cuya práctica constituye una de las principales necesidades del que ha conseguido el título de caudillo. Como esta insignia únicamente puede conferirla el rey, Semper le da el nombre de «orden del hueso.» El poner y el quitar este brazaletes constituye un procedimiento peligroso, en el cual puede per-

derse un trozo de piel y hasta un dedo, cuando éste no puede entrar por la estrecha abertura.

El siguiente bonito cuento que en Aibukit (Palaos) contaron á Semper demuestra de qué manera entienden estos indígenas el papel desempeñado por su dinero: «Un día, fué arrojado á la playa por las olas un bote cuyos tripulantes, aquellas siete clases de moneda, habían abandonado la isla Ngarut, que era su patria, para buscar nuevos países que les gustaran más que ella. Largo tiempo habían pasado recorriendo el Océano sin poder conseguir su objeto,



Mujeres de las islas Tonga (de una fotografía del álbum de Godéffroy).

hasta que por fin llegaron á estas islas Palaos. Delante del puerto, Brack, que como el más ilustre de todos ellos iba tendido en la plataforma del buque, ordenó al que venía después de él, que era Pangungau, que saltara á tierra y examinara la isla. Pangungau, tan perezoso como su príncipe, transmitió la misma orden al que le seguía, que era Kalbukub, el cual tampoco hizo lo que le mandaban sino que confió la misión á Kaldoir, éste á su vez á Kluk y así sucesivamente hasta el martirizado Olelongl que no tuvo más remedio que cumplir la orden porque no tenía á quien mandar. Pero no volvió. Al poco tiempo repitió Brack su mandato que se transmitió hasta Adelobber, el cual esta vez tuvo que llevarlo á cumplimiento y se fué murmurando y tampoco regresó. Entonces se envió á Kluk para que trajera á los dos desertores, pero en vez de ello se quedó también en la isla, y de esta suerte continuó la cosa hasta que Brack se vió abandonado así por sus plebeyos como por sus ilustres, y se decidió á ir por ellos. Pero también á él

le gustó nuestra ciudad, y en su consecuencia todos se quedaron en ella continuando su vida acostumbrada. Brack no hace más que comer, beber y dormir: siempre el que está en la posición más encumbrada envía á su inferior, y así acontece — añadió el narrador sonriendo — que lo mismo que entre nosotros los hombres, siempre el dinero grande se está sentado tranquilamente en su casa sin hacer nada, mientras que el pequeño ha de correr por todas partes y ha de trabajar lo mismo para sí que para las clases superiores.»

En las Carolinas encontramos un desenvolvimiento análogo en el sistema monetario, pero en ellas la unidad más generalizada es la llamada *fe* que consiste en grandes trozos de piedra caliza granular, de un color amarillo blanquecino, y en forma de ruedas de molino de un tercio de metro á 2 metros de diámetro, cuyo peso es á veces de algunas toneladas. Su valor depende de su tamaño, de su trabajo, etc., y varía entre 1 y 1000 y más dollars, de modo